

UN PAR DE OJOS AZULES

THOMAS HARDY



La estructura de la novela viene marcada por su protagonista femenina, Elfride Swancourt, encarnación literaria de la mujer de Thomas Hardy, cuya vitalidad y emotividad ejercen una fuerte fascinación e influencia en los hombres. Primero en el joven e inexperto Stephen Smith, *alter ego* del propio autor, más tarde en el complejo y más maduro Henry Knight, cuya obsesiva insistencia en la virtud y la perfección y su intolerancia ante las debilidades humanas le conducen a la infelicidad.

El padre de Elfride, el rector, representa los caducos y pertinaces valores sociales: el clasismo, el conservadurismo, la intransigencia y la hipocresía de moverse por el olor del dinero y la clase.

Hardy analiza con una precisión psicológica admirable las diferentes personalidades que emergen de los individuos sometidos a circunstancias sentimentales diferentes y el tremendo poder destructivo del amor.

Thomas Hardy nació en Upper Bockhampton (Inglaterra) en 1840, hijo de un cantero y constructor. Fue de su madre, gustosa de las artes y la literatura, de quien el pequeño Thomas heredó la querencia por el mundo de la escritura. Desde niño mostró una gran inteligencia, estudió latín, francés e inglés, y a los quince años ya ejercía como profesor en la escuela dominical de Stinsford. A los dieciséis años ingresó como aprendiz en un taller de arquitectura y desarrolló diversos trabajos en ese campo con notable éxito, pero finalmente, y debido a la impresión que le causaron los poemas de Swinburne, se decantó por dedicarse exclusivamente a la literatura.

Poeta, ensayista y novelista, dentro de un naturalismo de tono pesimista y con un talento supremo para el retrato psicológico y costumbrista de ambientes rurales y personajes complejos ubicados en Wessex publicaría: *El regreso del*

nativo, Tess d'Ubervilles, El alcalde de Casterbridge, Jude el Oscuro y La bienamada.

La muerte de su esposa Emma lo sumió en la desolación y lo convirtió en un solitario. Recobró su estabilidad emocional gracias al apoyo de su secretaria, Florence Dugdale, con quien acabaría casándose. Falleció en 1928, tras escribir su autobiografía, *La vida de Thomas Hardy*, al parecer acabada por la propia Florence, aunque este fuerte rumor nunca se ha comprobado.

Fue enterrado en la Abadía de Westminster, en el denominado *Rincón del poeta*.

PRÓLOGO

Thomas Hardy nació el 2 de junio de 1840 en Higher Bockhampton, Dorset, en una casita aislada en medio del páramo. Fue el mayor de cuatro hermanos, y su padre trabajaba de mampostero y albañil. Resultó un niño enfermizo, y tras asistir un año a la escuela local, a los ocho años pasó a estudiar en los colegios de Dorchester, la ciudad más cercana, donde se hizo con una sólida base en latín y matemáticas. En 1856 entró como aprendiz con un arquitecto de la zona, John Hicks, y a los veintidós años se trasladó a Londres, donde trabajó como delineante en el despacho de Arthur Bloomfield, un importante arquitecto eclesiástico. Su mala salud le hizo regresar a Dorset en 1867, donde volvió a trabajar para Hicks.

Aunque la arquitectura le granjeó una buena posición social y económica, Hardy tenía ambiciones de entrar en la universidad y ordenarse sacerdote anglicano. A mediados de los sesenta tuvo que desecher la idea por falta de fondos y pérdida de fe. Habitado al estudio, dirigió sus energías a la lectura de poesía y a desarrollar sus habilidades poéticas, aunque mantendría inédita su producción hasta final de siglo.

Comprendiendo quizá que para hacerse un nombre en la literatura debía dedicarse a la prosa, entre 1867 y 1868 escribió su primera novela, *The Poor Man and the Lady*, que quedaría inédita. Su debut como novelista llegaría en 1871 con *Desperate Remedies*, pero hasta su siguiente obra, *Under the Greenwood Tree* (1872), no encontraría un estilo propio.

En 1870 recibiría un encargo que habría de cambiar su vida. Se le envió a realizar una evaluación arquitectónica de la aislada y ruinosa iglesia de St. Juliot, en Cornwall. Allí conocería a Emma Lavinia Gifford, la cuñada del rector, que cuatro años después se convertiría en su esposa. Numerosos ecos de este episodio se encuentran en la novela que presentamos, *A pair of blue eyes* (Un par de ojos azules, 1873). Fue precisamente a raíz de esta novela que abandonó la arquitectura, tras haber aceptado publicarla por entregas en el *Tinsley's Magazine*. El paso fue arriesgado, pero poco después se le invitaría a publicar la siguiente novela en el muchísimo más prestigioso *Cornhill Magazine* (precisamente donde Elizabeth Gaskell había publicado su *Hijas y esposas*). Y la siguiente sería *Far from the Madding Crowd* (Lejos del mundanal ruido), la novela que le haría famoso y también una de las más logradas. Aparece ya en ella ese personaje femenino único y de fuerte personalidad, Bathsheba Everdene, alrededor del cual giran tres hombres que representan diversos caracteres y visiones del mundo: Gabriel Oak, el fuerte (como su apellido indica) y leal pastor, un hombre hecho a sí mismo; William Boldwood, el granjero que representa los valores conservadores; y el sargento Troy, un militar tarambana que posteriormente se reencarnará en el Alec D'Urberville de *Tess of the D'Urbervilles*.

Gracias al éxito de la novela, Hardy y Emma se casaron en 1874, en contra de la voluntad de las familias de ambos. Al principio vivieron entre Londres y Dorset, y la producción de Hardy alterna obras un tanto irregulares, como *The Hand of Ethelberta* (1876) con logros como *The Return of the Native* (1878), donde narra el desastroso matrimonio entre Eustacia Vye, que anhela experiencias apasionadas y románticas, y Clym Yeobright, ciego a los deseos de su mujer y obsesionado por la mejora moral de los habitantes de Egdon Heath, localidad inspirada en la que habitó Hardy en su infancia. Tras tres novelas consideradas menores, *The Trumpet Major* (1880), *A Laodicean* (1881), y *Two on a To-*

wer (1882), una grave enfermedad le hizo regresar a Dorchester en 1883.

Una vez allí, le resultó difícil establecerse como profesional de clase media en una ciudad donde eran conocidos sus orígenes humildes. Su deseo de instalarse definitivamente allí le lleva a proyectar Max Gate, la casa justo en las afueras de Dorchester donde viviría hasta su muerte. Así, en su siguiente novela, *El alcalde de Casterbridge* (1886), incorpora detalles reconocibles de la historia y la topografía de la ciudad, situando en ese entorno uno de sus personajes más complejos, el brutal y tornadizo Michael Henchard, que al final de su vida deja uno de los testamentos más desoladores de la literatura, rematado con las palabras: «Que no se pongan flores en mi tumba. Que nadie se acuerde de mí». Tras su siguiente novela, *The Woodlanders* (1887), publica su primer volumen de relatos *Wessex Tales* (1888), ya aparecidos en revistas. A éste seguirían tres más: *A Group of Noble Dames* (1891), *Life's Little Ironies* (1894), y *A Changed Man* (1913). El lector español cuenta con una antología de sus relatos, aparecida bajo el título de *El brazo marchito*, en traducción de Javier Marías, Barcelona, Seix Barral, 1986.

En 1892 publica en forma de serial *The Well-Beloved* (que no aparecería en volumen, y muy revisada, hasta 1897), donde satiriza esa tendencia tan masculina a tener modelos femeninos prefijados, creando un personaje tan patético como Jocelyn Pierston, a quien emparenta con algunos héroes de Henry James, en especial los de «El altar de los muertos» y «La bestia de la jungla».

La carrera novelística de Hardy se cerrará con dos obras que se proyectan ya hacia el siglo XX en su atrevimiento y militancia, *Tess of the d'Urbervilles* (1891) y *Jude el oscuro* (1895), donde se plantea con más fuerza que nunca el conflicto de clases, en especial en *Jude*, dolorosamente autobiográfica en el personaje de Jude Fawley, que, al igual que Hardy, también deberá renunciar a sus ambiciones aca-

démicas a causa de la pobreza. *Jude el oscuro* fue la última novela de Hardy. Influyó en ello las fuertes críticas que recibió de los sectores más conservadores, pues *Jude* es, sobre todo, una crítica despiadada al matrimonio como institución y una proclama a favor de la libertad de los sentimientos.

Hemos dicho que *Jude* fue la última novela de Hardy, pero aún le quedaban treinta y tres años por vivir. Una vez establecida su reputación y su fortuna, Hardy abandonó para siempre la narrativa y se dedicó a escribir una abundante obra poética, que alterna los volúmenes misceláneos con obras tan magnas como *The Dynasts*, un drama épico sobre las guerras napoleónicas con algunos episodios en prosa.

Y si la obra novelística de Hardy entra de pleno en el siglo XX por su abierta defensa de la libertad sexual y su ataque a las convenciones burguesas, su obra poética, poco valorada al principio, sería reivindicada por los llamados «poetas de la experiencia», a cuyo frente encontramos a Philip Barquin. Se trata de una poesía desnuda, esencial, que apela a la emoción sin caer en el sentimentalismo.

Thomas Hardy enviudó en 1912, aunque sus relaciones con Emma hacía años que no eran buenas. En 1914 se casa con Florence Emily Dugdale, treinta y ocho años más joven que él, que ya era su amiga y secretaria desde 1905. Tras su fallecimiento, el 11 de enero de 1928 sus cenizas fueron enterradas con gran ceremonia en la abadía de Westminster, mientras que su corazón era sepultado en Stinsford, en la tumba de Emma.

* * *

Como ya hemos mencionado, hay en *Un par de ojos azules* suficientes elementos autobiográficos como para considerarla uno de los títulos más interesantes de Hardy.

Al igual que *Tess* o *Far from the Madding Crowd*, la estructura de la novela viene marcada por su protagonista femenino, Elfride Swancourt —la poseedora de los ojos azules del título—, en torno a la cual giran tres caracteres masculinos de fino trazo y muy emblemáticos: el señor Swancourt —su padre—, Stephen Smith y Henry Knight. Elfride Swancourt es la típica heroína hardyana: una muchacha hermosa, lozana, de mente cultivada —¡capaz incluso de haber escrito una novela!— y que se halla en esa edad en que su futuro ha de venir marcado por la huella de los hombres, que son, en esa sociedad, quienes deciden.

Es crítico Hardy con la educación que Elfride ha recibido de su padre, cuyo único interés como descendiente de la nobleza venida a menos es hacer una buena boda, y que, se insinúa, la ha dejado bastante a sus anchas. El señor Swancourt, el rector, representa los valores caducos —pero pertinaces— de la sociedad inglesa: el clasismo, el conservadurismo, la intransigencia y la hipocresía de moverse por el olor del dinero y la clase. Así, cuando Elfride conoce al joven Stephen Smith, tan guapo como ella —por lo que hemos de suponer que harían una hermosa pareja y tendrían una magnífica descendencia—, el rector aprueba al principio el coqueteo convencido de que Smith está emparentado con los Fitzmaurice Smith de Caxbury, y al descubrir que el joven no es más que el hijo de un mampostero local —igual que Hardy— prohíbe terminantemente la relación.

Stephen Smith es —tal como debió de serlo Hardy— un joven lleno de ilusiones y esperanzas en el futuro. A esa edad en que los sentidos buscan la belleza, el choque de emociones entre Elfride y Stephen se hace inevitable en un romanticismo de una carnalidad quizá excesiva para la época —aunque aún nos hallemos a años luz del explícito D. H. Lawrence—. Hardy sabe utilizar el paisaje para reflejar ese despertar de los sentidos de los jóvenes, y el paisaje de los acantilados invita a pensar en un Finisterre más allá del cual sólo existe la felicidad o la pena.

Y si Stephen Smith ocupa la primera parte de la novela, la segunda pertenece por entero a Henry Knight, un personaje más maduro y complejo. Knight ha sido mentor y protector de Stephen, quien de hecho le debe en gran parte haber llegado profesionalmente a donde está. Smith le menciona en un momento al rector que ha de dejar las cosas en manos de las circunstancias; pues bien, finalmente éstas se aliarán para quitarle de en medio y poner ante Elfride la sobria e imponente figura de Knight, a quien Hardy pinta como una especie de ideal masculino en su honestidad y elevada moral, sólo que... Sólo que eso no sirve para la vida humana a ras de tierra, donde nada es perfecto, donde no se puede esperar la pureza ni la honradez absoluta. Knight, que se declara hombre solitario e introspectivo, sucumbe a las debilidades humanas precisamente por no querer sucumbir a ellas, y pierde la felicidad por obsecarse en la virtud.

La tercera parte de la novela y su desenlace —que no desvelaré— pertenece a Knight y a Stephen, y es quizá lo más extraordinario de la novela. El reencuentro de ambos después de años sin verse, las confidencias a medias, la pugna mental que se establece, la hipocresía y falsedad de que hacen gala por primera vez en su vida —ellos, que habían sido tan amigos—, el periplo desesperado que les lleva a descubrir la verdad, y ese final, en el que se combinan la ironía y la tragedia en unas pocas páginas de tremenda contundencia, dejan flotando sobre ella un aroma amargo de fracaso y tristeza.

Aparte de haber escrito tres o cuatro de los mejores títulos de la novela victoriana, la figura de Thomas Hardy presenta en la distancia un interés especial: su obra traza un arco estilístico que va de la llamada *sensation novel* (o novela efectista) practicada por Wilkie Collins —y cuyas técnicas encontramos en abundancia en *Un par de ojos azules*— hasta el estilo despojado y el atrevimiento temático de sus últimos títulos, *Tess* y *Jude*, pues no en vano Hardy ocu-

pa veinticinco años clave (desde 1870 hasta 1895) en la producción novelística inglesa.

Pero a pesar de su evolución, Hardy es reconocible siempre en sus temas y en su enfoque: si bien se ciñe a ciertos patrones novelísticos de la época, jamás transige a la hora de mostrarnos su punto de vista: siempre toma partido por los débiles, por los maltratados y los que sufren; hay en ello una perspectiva ciertamente cristiana, pero también una creencia en que el hombre es capaz de forjar su propio destino, un destino que no ha de verse coartado por instituciones y convenciones de clase ni de religión, al que todo hombre tiene derecho a aspirar. No hay ningún otro caso en la literatura inglesa de novelista poeta comparable al de Hardy: nadie como él sabe detener la narración para fijarse en el flujo de un riachuelo o en el matiz de un ocaso, y nadie ha hecho unos poemas —a veces de apenas ocho versos— tan cargados de narración.

De él dijo Philip Larkin: «Sus temas son los hombres, las vidas de los hombres, el tiempo y el paso del tiempo, el amor y el apagarse del amor».

DAMIÁN ALOU

PREFACIO DEL AUTOR

Los siguientes capítulos fueron escritos en una época en que la moda de la restauración indiscriminada de iglesias acababa de alcanzar los rincones más remotos del oeste de Inglaterra, donde las características indómitas y trágicas de la costa se habían combinado durante mucho tiempo y en perfecta armonía con el tosco arte gótico de los edificios eclesiásticos que se desperdigaban por la zona, por lo que cualquier novedad arquitectónica que se intentara resultaba totalmente fuera de lugar. Restaurar las grises carcasas de un medievalismo cuyo espíritu había desaparecido parecía un acto no menos incongruente que ponerse a renovar los peñascos adyacentes. Así fue como la historia imaginaria de tres corazones humanos, cuyas emociones no eran del todo ajenas a esas circunstancias materiales, encontró en los incidentes habituales a tales renovaciones arquitectónicas un marco adecuado para su presentación.

La costa y la zona rural que rodea Castle Boterel está ya en la mente de todos, y será fácilmente reconocible. El lugar, podría añadir, se halla entre los más occidentales de todos los que he utilizado para construir el escenario de mis imperfectos dramas de la vida y las pasiones rurales; y también se halla cerca, o al menos no muy lejos, de la imprecisa frontera del reino de Wessex, la cual, al igual que la frontera de los modernos asentamientos de Estados Unidos en permanente avance hacia el oeste, era incierta y en continuo progreso.

Todo esto, sin embargo, tiene poca importancia. El lugar es, sobre todo (al menos para una persona), una región

de sueños y misterio. Los pájaros espectrales, el mar que parece un paño mortuario, el viento cargado de espuma, el eterno soliloquio de las aguas, ese tono púrpura oscuro que parecen exhalar los precipicios de la orilla: todo ello le da a la escena una atmósfera que parece el crepúsculo de una visión nocturna.

En particular, aparece en la narración un impresionante acantilado; y, por alguna razón olvidada, este acantilado fue descrito en el relato sin ponerle nombre. La exactitud exige que deje constancia de que un destacado acantilado, que se parece en muchos aspectos al de mi descripción, lleva un nombre que ningún suceso ha hecho famoso.

Marzo de 1895

« Una violeta en la primavera de la naturaleza humana,
prematura, no permanente, dulce, no percedera;
perfume y diversión de un instante; nada más.»

SHAKESPEARE, *Hamlet*

I

«Una hermosa vestal, entronizada en occidente.»
Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*

Elfride Swancourt era una muchacha de emociones casi a flor de piel. La exacta naturaleza de estas emociones, y cómo las modificaba el lento transcurrir de las horas, era algo que sólo conocían aquellos que seguían las circunstancias de su historia.

Personalmente era la combinación de detalles muy interesantes, cuya rareza, sin embargo, se hallaba más en la combinación de los elementos individuales que en éstos por separado. De hecho, no había manera de ver la forma y sustancia de sus rasgos al conversar con ella; y el poder de seducción derivado de evitar que su interlocutor convirtiera sus facciones en materia de estudio no se daba porque intentara ocultarlas mediante una estudiada actitud (pues su personalidad era infantil y apenas formada), sino en la atractiva tosquedad de sus rasgos. Había vivido toda su vida retirada: los hombres ociosos aún no habían alabado su belleza, y a su edad —tendría diecinueve o veinte años— sabía tan poco de la sociedad como una chica de ciudad de quince.

Pero había algo en la muchacha que no se podía pasar por alto: sus ojos. Eran como una sublimación de su persona; no era necesario buscar más allá: en los ojos estaba toda ella.

Eran unos ojos azules; azules como la lejanía otoñal, azul como el azul que vemos entre las formas cada vez más lejanas de las colinas y las laderas boscosas cualquier soleada mañana de septiembre. Un azul neblinoso y opaco, que no tenía principio ni superficie, y al que uno no dirigía la mirada, sino que la *sumergía*.

En cuanto a su presencia, no era imponente, sino más bien escasa. Hay mujeres que consiguen que su personalidad invada la atmósfera de un salón donde se celebra un banquete; la presencia de Elfride destacaba tanto como la de un gatito.

Elfride tenía esa actitud meditabunda que encontramos en la cara de la Madonna della Sedia^[1], aunque sin su éxtasis: la calidez y el carácter que resultan habituales en las bellezas —mortales e inmortales— de Rubens sin su insistente carnalidad. La expresión característica de las caras femeninas de Correggio —la de esos anhelos humanos demasiado profundos como para hacer derramar lágrimas— era a veces la suya, aunque rara vez en condiciones normales.

El momento de la vida de Elfride Swancourt que, podríamos decir, la marcó más profundamente fue una noche de invierno en la que, en su papel de anfitriona, se encontró cara a cara con un hombre al que nunca había visto; además, Elfride lo miraba con una curiosidad e interés dignos de Miranda^[2], como nunca había prestado a ningún mortal.

Aquel día su padre, rector de una parroquia de los alrededores del Bajo Wessex —una zona costera— y viudo, sufría un ataque de gota. Al acabar sus supervisiones domésticas, Elfride se sintió desasosegada, y varias veces abandonó la habitación en que se encontraba, subió las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio de su padre.

—¡Adelante! —era siempre la respuesta que, con una voz vigorosa, de alguien que pasa mucho tiempo al aire libre, oía procedente del otro lado.

—¡Papá! —le dijo en una ocasión a la cara afable y apuesta de un hombre de cincuenta años que soltaba resoplidos y silbos como una botella a punto de estallar. Estaba echado en la cama, cubierto con un camisón, y de vez en cuando enunciaba, en contra de su voluntad, una o dos letras de alguna palabra o palabras que eran casi juramentos —. Papá, ¿es que esta noche no vas a bajar? —Elfride marcaba las sílabas: su padre estaba bastante sordo.

—Me temo que no..., puf, puf..., mucho me temo que no, Elfride. Fff-fff-fff. Este condenado dedo mío hoy no puede soportar ni el roce de un pañuelo, y mucho menos una media o una zapatilla... Fff-fff-fff. ¡Cómo vuelve a dolerme! No, no me levantaré hasta mañana.

—Entonces espero que ese caballero no venga, pues no sé qué voy a hacer con él.

—Bueno, sin duda eso sería una situación embarazosa.

—No creo que venga hoy.

—¿Por qué?

—Porque sopla mucho viento.

—¡Porque sopla mucho viento! ¡Qué cosas se te ocurren, Elfride! ¿Acaso el viento ha impedido alguna vez que un hombre cumpla con su deber? ¡Que este dedo mío se me haya puesto así tan de repente! Si llega, debes hacerlo subir, supongo, y luego darle de comer y enseñarle su alojamiento. Hija mía, ¡qué fastidio es todo esto!

—¿Le doy de cenar?

—Demasiado fuerte para un hombre cansado después de un tedioso viaje.

—¿Té, pues?

—Demasiado poco sustancioso.

—¿Un tentempié? Hay fiambre de pollo, pastel de conejo, algunas empanadillas y cosas por el estilo.

—Sí, eso estaría bien.

—¿Debo servirle el té, papá?

—Por supuesto, eres la señora de la casa.